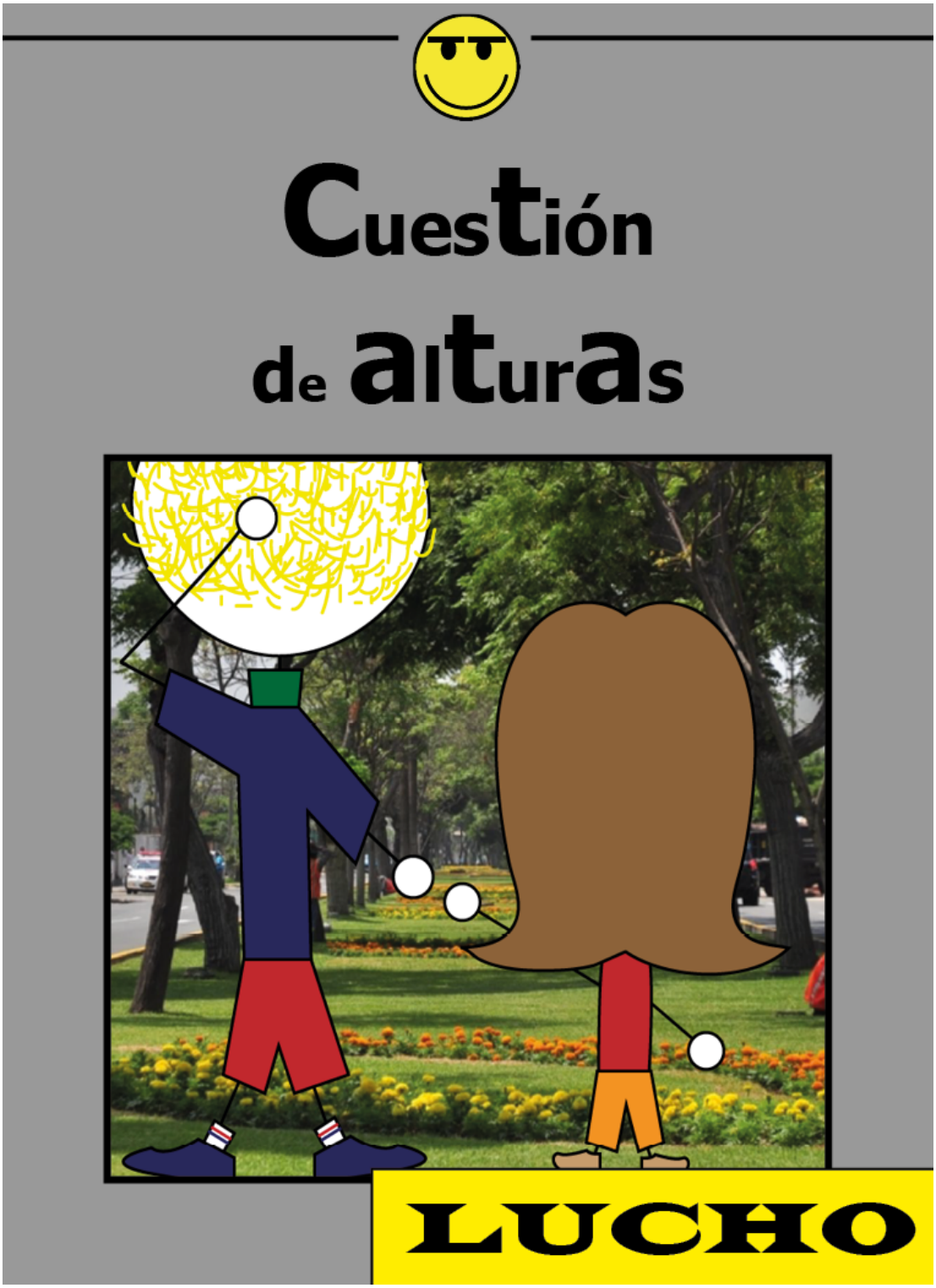
Cuestión de alturas

Joaquín Guillén



Capítulo 1

1

Mi psicólogo me recetó un perro. Según él, padezco del mal de los pocos amigos y es por eso que me siento triste de vez en cuando. Es raro, yo pensaba que mis problemas se debían a mi infancia —a esta cuestion de ser demasiado alto y al bullying sufrido al respecto—, pero el Doc., que sabe decir las cosas de manera bonita, afirma que lo único que se puede curar en esta vida es el presente y es por eso que me recetó un perro.

—Acá te estoy prescribiendo —apuntó en su libreta—, que tienes que sacarlo a pasear por lo menos dos veces al día

—Está bien, Doc. Pero, ¿de dónde sacó un perro?

Me dio la dirección de un albergue en San Juan de Miraflores. Y fue ahí donde conocí a Rafito.

Rafito, yo y los parques de Lima. Paseamos todas las tardes, cuando vuelvo del trabajo. Gracias a la buena labia de mi can y a su habilidad innata para romper el hielo, he conocido a muchas personas interesantes. Una vez conocí a un aviador que tenía un pastor alemán y que trabajaba para Avianca. Me contó que, en su tiempo libre, estaba construyendo su propia aeronave para darle la vuelta al mundo.

Y así también fue como la conocí a ella.

Se llamaba Isabel. Al igual que yo, tenía una perrita de raza indescifrable. En el Perú, a estos ejemplares los llamamos “Chusquitos”, pero yo prefiero responder “de todo un poco” cada vez que alguien me pregunta cuál es la raza de Rafito. Lo mismo respondió Isabel, cuando le pregunté de qué raza era Martita:

—Ya sabes: De todo un poco

Sonreí. Isabel era del color de la mantequilla y parecía un pan de yema porque además tenía pequitas de ajonjolí en los cachetes.

—Eres linda —le dije, en un impulso nervioso que no pude controlar

—Gracias —me respondió y tras pensárselo un poco, añadió—: Tú también eres lindo

—Es porque estoy sentado —le dije y luego me explique—: Cuando me pare, verás que soy demasiado alto como para ser lindo

Para resolver la cuestión de las alturas, Isabel optó por sentarse al costado mío y cambiar de tema: “¿No es hermoso este momento?”. En efecto, lo era. El sol derritiéndose anaranjado en el cielo. Rafito y Martita jugando en el pasto como si no existiera mañana y nosotros sonriendo, en la banca, como dos tórtolos que se quieren antes de conocerse.

Capítulo 2

2

Me enamoré de Isabel. No pude evitarlo. Nos encontrábamos todas las tardes en el mismo parque. Mientras nuestros perros jugaban, nosotros hablábamos de la vida. En ese hablar de la vida, descubrimos que teníamos algunas cosas en común. La cuestión de las alturas, por ejemplo.

—A veces me siento inferior por ser un poco pequeña —me contó ella

—Me pasa lo mismo pero de manera inversamente proporcional

—Cuando estaba en el colegio y hacíamos fila, la maestra siempre me ponía primera

—A mí siempre me dejaba al último

—¿Y cómo te sentías?

—Como alguien que solo quiere estar en el medio

—Yo también —dijo ella

Éramos las dos caras de una misma moneda y es por eso que nos hicimos amigos. Con Isabel, yo tenía la sensación de que podía contarle cualquier problema y que ella me entendería. Me gusta pensar que sentía lo mismo conmigo.

—Tengo algo que decirte —me dijo en una oportunidad

—¿Pisaste caca de nuevo? —le pregunté

—No, es algo más importante

—¿Qué cosa?

—Martita está en celo

Vi a Martita. Ella estaba muy tranquila, corriendo libremente por el parque; no parecía tan desesperada.

—Ya veo

—Sí y hace tiempo que le prometí una cachorrita a mi sobrina, así que

estoy pensando aparearla

—Me parece razonable

—Es por eso que necesito tu ayuda

—¿Qué? ¡No! Estoy desesperado, pero no tanto

Ella se río:

—¡Me refiero a Rafito!

—Ah, entonces está bien

A partir de ese momento, nos convertimos en los celestinos de nuestros respectivos perros. Yo le decía a Rafito:

—No pasa nada, amigo. Tú solo tienes que ser tú mismo y ya verás cómo la enamoras

Isabel le rociaba esencia de tocino a Martita y luego le decía:

—Con esto, Rafito cae redondo. Solo tienes que hacerte un poco a la difícil

Y así pasó el tiempo…

Capítulo 3

3

—No puedo creerlo. Ya van dos semanas y aún nada. El problema es que tu perro es muy tímido —me dijo Isabel

—Lo que pasa es que Rafito es un caballero

—Es muy lento —y añadió—: igual que su dueño

—Yo no soy lento

—¿Y entonces por qué no me invitas a salir? —me encaró, así con sus pequitas y sus ojos enormes

—Isabel —le dije, intente ser sincero—, yo soy demasiado alto

—¿Y eso que tiene que ver? Yo soy un poco pequeña y no me hago problemas

—El problema, precisamente, es que tú eres un poco pequeña y yo soy muy alto. En esta banca nos vemos bien, porque ambos estamos sentados. Pero si nos paramos, tenemos como cinco cabezas de diferencia y esa es mucha diferencia para el amor

—¿Quién dice?

Isabel era optimista, demasiado optimista. Una vez me dijo que el mundo es inmenso y las posibilidades infinitas. Yo soy de los que piensan que el mundo es pequeño y hostil y que, en él, siempre hay alguien dispuesto a hacerte daño. Lo positivo, en todo caso, es que Rafito por fin hizo aquello que tanto estábamos esperando.

—¿No son hermosos? —dijo Isabel y sacó su celular para tomarles una foto

—Sí, son muy bonitos

—¿Ya ves? Así podríamos estar nosotros, pero tú te freseas —dijo ella y nos cagamos de risa

Entonces pensé: “Quizás podría funcionar”.

Capítulo 4

4

Nuestra primera cita fue un desastre.

De arranque, ella ofreció su carro para la aventura. Tampoco es que esperara una camioneta 4x4, pero cuando la vi llegar en un Picanto dos puertas, pensé: “ahí no entro ni cagando”.

Se lo dije:

—Isabel, ahí no entro ni cagando

—Claro que sí —dijo ella y retrocedió el asiento

Entré pero doblado en veinte. Tuve que sacar medio cuerpo por la ventana y soportar la palanca de cambios hincándome una nalga durante todo el viaje, pero entré.

—¿Ves? Te dije que sí entrabas

Nos detuvimos en la plaza. Necesitaba caminar un poco porque mis piernas estaban más duras que el concreto. Ella quería un helado. Así que caminamos a la heladería. Y es entonces cuando sucedió. Un grupo de niños jugaba a espantar palomas. Los niños son crueles. Uno de ellos nos señaló y dijo:

—Miren —y no necesitó decir más porque los demás niños voltearon a vernos. Y no necesitaron decir nada porque tanto ellos como nosotros habíamos entendido lo que sucedía

—No les hagas caso —me dijo Isabel, pero ya era demasiado tarde porque el caso estaba hecho

—¿Podemos sentarnos un rato? —le pregunté. Asintió

Solo en la tranquilidad de la banca, me confesé con ella:

« Todo es culpa de mi papá. Él debió quedarse en su lejana Noruega, donde las personas pasan el metro noventa y no pasa nada. Jamás debió viajar al Perú y menos aún para enamorarse de otra noruega, igual de alta, que también estaba en Lima de vacaciones. Imagínate qué gran cojudez, cruzar medio planeta para encontrarte con alguien que podía estar viviendo en tu misma calle. Y en efecto, tal era el caso; porque después de hacerme en un hotelito de turistas, se conocieron bien y descubrieron que ya se conocían más o menos porque eran vecinos allá,

en la lejana Noruega.

Bueno, iré al grano. El punto es que quiero evitarte esto. No quiero que las personas se nos queden mirando porque tú eres un poco pequeña y yo soy muy alto. Yo puedo sobrevivir como fenómeno de circo pero tú mereces otro trato. Tú mereces que las ancianitas del parque te miren, de la mano de tu enamorado, y piensen lo mismo que tú piensas cuando ves a Rafito y Martita jugando. ¿Me entiendes? «

—¿Estás diciendo que lo nuestro no funcionará? —me preguntó Isabel

—Si tan solo fuéramos alma y nada más…

—Pero no lo somos, ¿qué otra solución propones?

—Quedarnos sentados aquí para siempre —le dije

—No podemos hacer eso —me dijo y después recapacitó—: ¿Sabes algo? Creo que tienes razón. Lo nuestro no funcionará. Pero no porque seas muy alto y yo un poco pequeña, sino porque mientras yo te veo y no me importa lo demás, tú miras a lo demás y no te importo yo

—Isabel, te entiendo menos

—Es una lástima, porque me voy

Y se fue, y me dejó el corazón como aquella canción de Alejandro Sanz que es tan bonita y aplica tan bien para momentos como esos.

Capítulo 5

5

Una vez más, estaba solo. Y en la soledad de mi cama pensé en Isabel y en lo cotidiano que me sentía a su lado. Es como si en quince días nos hubiéramos conocido quince años.

La extrañaba.

La extrañaba y su ausencia era más grande que mis traumas, así que la llame.

—Te extraño —le dije—. Te extraño y estaría dispuesto a cortarme las piernas e inyectarme autoestima para estar a tu altura

—¿Y qué más? —respondió

—Y quiero estar contigo

Escuché una vocecita a sus espaldas:

—Pobrecito, chata, dale una chance

—¿Quién es? —pregunté

—Soy Victoria, la compañera de cuarto de Isabel desde hace cuatro minutos y medio

—Hola, Victoria

—¿Me extrañas mucho? —era ahora la voz de Isabel

—Demasiado

—¿Quieres venir?

No espere a que me lo preguntara dos veces. Pedí un taxi extra grande y en menos de diez minutos ya estaba en la puerta de su edificio.

El departamento en el que vivía era más o menos como su carro: compacto. Isabel me presentó a su nueva mejor amiga: Victoria, que era distinta al resto del mundo pero más simpática. Estudiaba medicina y escribía poemas eróticos.

—¿Quieres ser mi enamorada? —le pregunté a Isabel de arranque

—Primero abramos un vino —recomendó

Nos sentamos en los sillones de la sala y estuvimos bebiendo hasta que Victoria se animó a recitar un poema. Martita descansaba en la alfombra con sus primeros meses de embarazo. Isabel aplaudió y dijo: "Vallejo te queda chiquito, amiga". Yo hice lo propio, pero como de poesía no sé nada, me limité a servirle más vino.

Entre más vino, más hilarante se ponía la cosa. En un momento de la noche, Victoria encontró la solución perfecta a la cuestión de las alturas. Recomendó efectuar una cirugía a pecho abierto, para ponerle nuestros corazones a otros cuerpos. Solo teníamos que ir al cementerio y encontrar a dos muertitos del mismo tamaño, que estuvieran dispuestos a volver a la vida. Así, nuestro amor perduraría en los cuerpos correctos. Y yo estuve tan de acuerdo que decidí que esa misma noche asaltaríamos el Presbítero Maestro, con palas y cintas de costurero, para tallar a cada muertito hasta encontrar a una mujer y a un hombre que tengan exactamente la misma altura.

—¿Pero cómo los traemos? —preguntó Victoria

—Un muertito puede entrar en el Picanto dos puertas —dijo Isabel

—¿Y el otro?

—Me lo cargo al hombro y vuelvo corriendo —dije yo

—¿Y si te detiene la policía? —preguntó Isabel

—Les dices que ya estaba muerto cuando lo encontraste —dijo Victoria

Nos cagamos de risa. Continuamos con las propuestas hasta bien entrada la madrugada: ¿Qué tal si Isabel se compra zancos? ¿Y si te lavamos al seco para que te encojas? Podemos mudarnos a Estados Unidos donde a nadie le importa un carajo la vida del resto.

—¿Y cómo hacemos con el Picanto dos puertas?

—Ya habrá tiempo de ponerle cuatro —sentenció Victoria, que todo resolvía porque no era su problema. Más risas

—¿Y cómo hacemos con los besos? —replique

—Se los tendrás que dar arrodillado —dijo Victoria

—¿Y el sexo? —preguntó Isabel. Silencio sepulcral

—Chata… ¿te da miedo?

—No, pero quería saber qué días nos dejarás el departamento libre

Estallamos en carcajadas. Y no paramos hasta que la junta vecinal se amontonó en nuestra puerta, en piyamas, y tocaron y tocaron pero no los escuchamos. El propietario del edificio sacó la llave maestra —nadie sabía que la tenía—, y abrió la puerta descaradamente. Nos encontró tan felices como perdices.

—¿Se han dado cuenta de la hora que es? —gruño

—Señor, le digo algo —le dije yo, tome a Isabel de la mano y nos pusimos de pie

—¿Qué? —preguntó, notando la cuestión de alturas de la que tanto he hablado

—Nos importa un carajo la hora que sea, nosotros ya nos ibamos —le dije y lleve a Isabel a través de la junta vecinal, luego bajamos las escaleras, llegamos al sótano…

Trepamos en el Picanto dos puertas. Puse una dirección en el GPS. Isabel condujo hasta el punto indicado sin hacer ninguna pregunta. Era la dirección de un hotel, un hotel que esa noche fue algo así como nuestro parque.

FIN